

Hubo un jardín

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Valeria Correa Fiz, *Hubo un jardín*
Primera edición: febrero de 2022

ISBN: 978-84-8393-309-1
Depósito legal: M-33909-2021
IBIC: FYB

© Valeria Correa Fiz, 2022
© De la ilustración de cubierta: Sara Morante, 2022
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2022

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Valeria Correa Fiz

Hubo un jardín



ÍNDICE

La Celestial	13
Así en tu cuerpo como en el mío	31
Las comisiones	37
Hotel Edén	49
El invernadero de Eiffel	75
Un amor imaginario	111
Donde mueren las perras.	123

A mis hijas
(sin las escenas de sexo, droga y violencia)

*(...) los últimos brotes de las hojas
se aferran hundiéndose en la blanda ribera. Un viento
nunca oído cruza la tierra grisácea.*

T. S. ELIOT

*Sería fatuidad subestimar
la sed y el hambre,
el sueño, el sexo, el miedo.*

Hugo PADELETTI

LA CELESTIAL

LLEGUÉ ANTES QUE JUANITO al punto de encuentro en la ruta, cerca de la caseta donde vivía el Claudio que enseguida se me vino encima.

–Rajá, loco –dije.

Todavía faltaban un par de horas para nuestro plan y ya estaba nervioso, me acuerdo. Yo me acuerdo bien de ese día, como si fuera posible olvidarlo. Ni ese día, ni lo que vino después.

–Te dije que te fueras. ¡Rajá!

Lo empujé un poco, pero el Claudio no se iba.

Había viento norte y me revoloteaba. El viento lo excitaba tanto que a veces hasta se bañaba en el Mar Rojo, como le decíamos a la laguna donde los del matadero La Celestial vertían los deshechos cárnicos. Después corría desnudo y teñido de sangre por el pueblo, los ojos celestes brillándole en la cara roja. Corría con la picha de burro entre las manos hasta llegar a la iglesia. A su paso dejaba

una estela de olor a órganos en descomposición. Cuando llegaba a la puerta de María Auxiliadora, se masturbaba con la mano derecha y de rodillas, mientras que con la izquierda no paraba de persignarse.

—Perdón, Diosito, perdón —decía con los ojos extasiados y sin dejar de sacudírsela. El ojo de la picha abriéndose al mundo.

Apenas el comisario lo veía entrar al pueblo, desnudo, oliendo a podrido y teñido de sangre, lo encerraba un par de días. Rápido antes de que salieran el sacristán y las viejas chupacirios a hacerle escándalo y las dependencias policiales se le llenaran de olor a incienso. Pobrecito el Claudio. A nadie más que a él se le habría ocurrido bañarse en la laguna.

—¿Qué pasa, loco? —le grité—. ¿Por qué no te vas de una vez?

Y Juanito que seguía sin venir.

El Claudio me mostró unos murciélagos en el techo de su caseta de chapa.

—Dales con un palo.

—Los *murciégalos* traen mala suerte.

Ojalá lo hubiera escuchado. Ojalá hubiera creído en su oscuro presagio.

—Y va a ser cierto nomás, boludo. Si no me dejás en paz, te voy a bajar los pocos dientes que te quedan.

Levanté el puño y lo bajé porque vi venir a Juanito.

Por fin.

Caminaba despacio, las manos en los bolsillos. Traía como un brillo en los ojos, a pesar de que el cielo estaba prematuramente oscurecido: iba a llover y cuánto. A medida que Juanito se acercaba, su silbido sonaba más y más fuerte. Me pareció una melodía triste. Me dije: traés unos

pensamientos malos, Juanito. También por lo del brillo en los ojos y por la forma que tenían los labios mientras él silbaba. La boca como torcida y de pena. Y, de pronto –serían como las ocho y media pasadas–, se pusieron a chillar también los grillos. Se lo dije mientras le palmeaba la espalda para saludarlo:

–Se te sumaron los grillos, che Juanito.

–Estarán inaugurando la noche.

Respondía cosas raras, Juanito, que escribía poemas. Él no decía poemas, decía sonetos, silvas, que era todavía peor. Olsen, Francisco, Abelardo y todos los pibes de la escuela se reían de él, pero yo lo respetaba. Y él respetaba a todo el mundo: a los dos borrachos sicilianos y anarquistas que nunca aprendieron a pronunciar bien ni «hola» en castellano, a la viuda de Rojas que el comisario se volteaba cuando no iba al putero y hasta al mariconazo del sacristán que le cosía las sotanas al cura con un dedal de la Orden de Santiago. A todos. También al loco del Claudio.

–¿Qué te pasa? –le preguntó.

–Hay *murciégalos*, el Juanito, vení a verlos.

–Andate adentro que si te enganchan el pelo no te sueltan, loco –le dije porque no quería que perdiésemos más tiempo. Ya estábamos llegando tarde al encuentro con los otros.

El Claudio se cubrió la cabeza con las manos.

–Y ni se te ocurra venir por la laguna esta noche, que me dijeron que hay muchos por esa zona. Tantos –exageré–, que se formó como una nube negra de carne sobre el agua.

Me acuerdo de cómo el pobre loco se alejó sujetándose la cabeza con ambas manos.

Juanito y yo nos pusimos en marcha.

—Antes se los consideraba sabios, visionarios —dijo Juanito. Era su modo de reprenderme por haberme burlado del loco.

—¿Antes cuándo? —pregunté sin mirarlo, yo iba un poco más adelante que él. Marchaba a grandes trancos, aplastando yuyos y pateando piedras porque quería llegar rápido; él, que no sacaba nunca las manos de los bolsillos aunque hiciese calor, daba pasos cortos y no se preocupaba por alcanzarme.

—Hace tiempo, en Grecia. Los locos eran la voz de Dios —me respondió con paciencia. Era medido al hablar y al andar, Juanito. Caminaba despacio para no levantar polvo. Cuidaba los pantalones como si fueran nuevos y no los mismos pantalones de peón de campo de siempre, viejos y percutidos. Hubo un tramo de la ruta que, de pronto, se llenó de bichitos de luz. Los tucu-tucus aparecieron así de la nada: ya estaba oscuro, noche cerrada con una luna mezquina y cercada de rojo, porque iba a llover y cuánto.

—Aparecen desapareciendo —dijo Juanito. Sus destellos breves nos fueron acompañando todo el camino—, estarán inaugurando la noche.

No dijimos nada más durante el resto del trayecto.

Yo escuchaba sus pasos cortos. Ahora me doy cuenta de que Juanito repetía las frases, las probaba mientras caminaba despacio, medido, porque contaba los versos con los pies: caminaba en endecasílabos. Yo, en cambio, en lo único en que pensaba esa tarde era cuánto podríamos sacar de la faena. Si vendíamos la carne a treinta o treinta y cinco pesos el kilo, como decía Olsen, ¿con cuánto me podría quedar? ¿Cuánto le debería mi vieja al banco? A ratos oíamos el viento; a ratos, nuestros pasos retumbaban contra la tierra apelmazada y en el cielo, ese código morse

en verde de los tucu-tucus. Anduvimos hasta que llegamos al bar del viejo Rubini. Era un galpón en la bifurcación de la ruta, con dos árboles de paraíso a cada lado, cargados de frutos amarillos.

Los otros –Francisco, Olsen y Abelardo– estaban en la única mesa ocupada. Olsen, sin saludar ni casi mirar a Juanito, dijo:

–¿Qué hace *este* acá?

Es que Juanito no era de nuestro grupo de la escuela, ya lo dije. Ni del nuestro, ni del de nadie. Todos lo miraron mal, con el gesto torcido apenas iluminado por la bombilla que colgaba del techo del bar como una culebra muerta.

Yo podría haber respondido: Es mi plan y punto, pero todos –los pibes, el maestro, el cura, las viejas chupacirios y hasta los perros del pueblo– le teníamos un poco de miedo a Olsen. Se murió hace décadas, pero mentiría si digo que no pienso en él todas las semanas.

–Conoce un par de carniceros en los otros pueblos y nos puede ser de ayuda –me justificué–. Cuanta más mano de obra, mejor.

Abelardo y Francisco tampoco lo saludaron. Yo les di unas palmadas en la espalda y les pregunté:

–¿Qué, ya nos perdimos lo mejor? ¿Qué estuvieron tomando?

No sé qué balbucearon por respuesta. Tenían ablandados las lenguas y los cuerpos por el alcohol, pero no la desconfianza. Lo miraban de reojo a Juanito. Les vi la desconfianza en los ojos y también vi la cantidad de vasos de plástico apilados en la única mesa que el viejo Rubini había dejado afuera. Rubini era un genovés de bigote ralo y rubio al que no le gustaba su destino sudamericano. Se quería volver a Italia y tenía sus reglas para conseguirlo: no fiaba y a